

T H E S A V R V S

BOLETIN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Tomo XVI

Septiembre-Diciembre 1961

Número 3

RUFINO JOSE CUERVO

EL CIENTIFICO Y EL HOMBRE

El nombre de Rufino José Cuervo, que figura con honor singular en el campo de la filología, va asociado en mi memoria a unos cursillos de literatura que diera hace ya unos quince años en el Seminario de Vitoria don Luis Morales Oliver. La palabra siempre cálida de este excelso catador de nuestras riquezas literarias, iba siempre cargada de admiración, al pronunciar el nombre del ilustre filólogo colombiano. Y fue este recuerdo, casi infantil, el que despertó mi curiosidad cuando un día topé por pura casualidad con un importante legajo de cartas de Cuervo en una biblioteca italiana.

Pasaba yo unos días en Venecia, como huésped del actual Papa Juan XXIII, a quien tuve el honor y el placer, para mí inolvidable, de acompañar en su largo viaje por España. Una mañana, al tiempo del desayuno, me invitó el entonces Cardenal Roncalli a visitar las bellezas artísticas de la fantástica ciudad. Pero, nada más al salir del Palacio Patriarcal, pude leer en el frontispicio de la puerta de un hermoso edificio, algo que para mí fue un signo fatal: Biblioteca Marciana. Mi curiosidad de impenitente rebuscador de cosas viejas sacrificó el puro placer turístico a las exigencias de mis afanes de investigación; pero se vio largamente compensada por el hallazgo del filón epistolar del ilustre americano. He de confesar mi ignorancia total en lo que se refiere a su figura, pues, a pesar

de su indudable categoría, nunca se me atravesó en el campo de mis estudios, ajenos por completo al mundo filológico y literario. La aureola con que su nombre se grabó en mis recuerdos de infancia fue la que me impulsó a dar ese firme paso inicial que se encuentra en el nacimiento de todo proyecto científico. Luego, claro está, he conocido a Rufino José Cuervo y he descubierto los aspectos amables de su persona; y, como pasa siempre en estos casos, he llegado a cobrarle admiración más fundada y hasta la simpatía inevitable que nace del contacto paciente con las figuras hondamente estudiadas. Hoy puedo ofrecer el fruto de esta labor, aunque con la conciencia de realizar algo totalmente parcial e incompleto. El Instituto Caro y Cuervo de Colombia trabaja eficazmente en la edición del epistolario íntegro de quien le da la mitad de su nombre y sólo entonces se podrá pergeñar mejor el volumen gigantesco de las cualidades científicas y los ricos matices de la personalidad de Cuervo. Pero entretanto, por cumplir con las gracias de la fortuna, de quien fui distinguido, y hasta por dar satisfacción al giro sentimental que para mí conservará siempre este estudio, bueno será adelantar provisionalmente unos trazos frescos e inéditos sobre este príncipe de la filología española ¹.

Todo epistolario es algo espontáneo y lleno de viveza, escrito al compás de los días con sus cargas espirituales y emocionales variadas, y por lo mismo comparable a un diario íntimo. Cuando la serie de cartas abarca cerca de veinticinco años del momento de plenitud de un hombre y su número supera con creces el centenar, nos proporciona suficientes elementos como para diseñar su retrato de alma entera y para seguirlo, paso a paso, por la andadura de su vida toda y por los vericuetos de sus horas gozosas o llenas de melancolía.

El destinatario de esta correspondencia es el italiano Emilio Teza (1831-1912), eminente lingüista, literato y poeta,

¹ Las cartas del señor Cuervo a Emilio Teza han comenzado a publicarse en el *Boletín de la Real Academia Española*, t. XLI. El Instituto Caro y Cuervo, por su parte, prepara una edición completa de dichas cartas y de las respuestas del erudito italiano, con estudio preliminar y notas, en un volumen de próxima publicación.

profesor de sánscrito e historia comparada de las lenguas clásicas en las universidades de Padua y Pisa, concededor de cuarenta idiomas, verdadero sabueso de las bellezas de todas las literaturas y aficionado también a las cosas americanas.

Según se desprende de una carta escrita el 21 de enero de 1887, su relación se inició por el envío por parte de Cuervo de un trabajo erudito: las famosas *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. A partir de aquel momento es incesante su mutua y fiel correspondencia, alimentada por sus aficiones comunes. El promedio epistolar anual es de nueve o diez cartas, aunque en los años de nuestro siglo baje considerablemente el número de las mismas, aumentando, por otra parte, sus muestras de afecto cordial y de fidelidad mutua. Fue la correspondencia la que encendió la chispa de la amistad y la mantuvo siempre viva, ya que en rarísimas ocasiones pudieron verse y hablarse los dos amigos. Las contestaciones de Teza podemos leerlas en los tomos IV y V de la colección Rufino José Cuervo, *Cartas de su archivo*, cuya edición inició en 1941 la Biblioteca Nacional de Bogotá. Mas esta colección inacabada solamente nos ofrece unas cincuenta cartas de Teza correspondientes a la primera época de sus relaciones epistolares. Con todo, nos servirán en alguna ocasión para festonear las frases de Cuervo, que es en este caso quien principalmente nos interesa.

Sorprende al lector de las cartas de Cuervo, repletas de erudición, concisas y secas cuando se mueve por el campo de su especialidad filológica, el tono cordial y humano con el que esmalta su ciencia a la hora de compartirla en el clima de una amistad profunda. Ya en su carta número 2, del 30 de marzo de 1887, se expresa de este modo:

Muy obligado me tiene Vd. con su bondadosa carta, y entre los muchos motivos de agradecimiento para con Vd. debo contar en primer lugar la ocasión que Vd. me presenta para manifestarle mi respetuosa simpatía, al abrirme la puerta para una correspondencia de que me vendrá tanta honra como aprovechamiento. Por otra parte, jamás olvidaré la indulgencia con que Vd. mira mis trabajos, ni menos la oportunidad y acierto de sus observaciones. En prenda del agrado con que acogeré cualquiera otra que Vd. tenga a bien

hacerme, le diré que aquellas están anotadas en su lugar para el caso de hacer otra edición.

Se refiere a las observaciones de Teza acerca de su obrita sobre *El lenguaje bogotano*.

La admiración de Cuervo por Teza fue creciendo rápidamente en el curso de este primer año de correspondencia.

“Quedo verdaderamente maravillado de la diversidad de asuntos a que Vd. se ha extendido en sus investigaciones, y más aún, de la profundidad y acierto con que Vd. los domina” (Carta 3).

Una vez más admiro en los trabajos de Vd., aquella acribía que llamaría a l e m a n a, si la patria de Vd., de Ascoli, D'Ovidio, Restori y tantos otros, no tuviera igual derecho a dar el calificativo. Cada día me maravilla más el ver cómo en todos los ramos escribe Vd. como si fuese cada uno de su especialidad. ¡Qué erudición! ¡Qué claridad! ¡Qué gusto tan acendrado! No sé cómo agradecerle lo que aprendo en sus escritos. En las mismas cosas a que yo me he dedicado, está Vd. mucho más al corriente de lo que se publica que yo (Carta 5).

Un año más tarde, en una carta rubricada con la expresión de “amigo y admirador fervoroso”, Cuervo sigue mostrando admiración creciente por el valor polifacético de Teza:

Al leer los otros opúsculos, no me ha ocurrido sino preguntar a Vd. amistosamente y no sé si con alguna indiscreción, ¿y cómo hace Vd. para tratar cualquier materia, como si en su vida no hubiera pensado en otra cosa? Esto me abate: en la cosa a que me he consagrado con el mayor empeño, digo quinientas barbaridades a cada paso. ¿Qué sería si hubiere de tratar sobre materias tan diversas? ¿Y qué tal si me diera por hacer versos? Pero sepa Vd. que todo no hace sino aumentar el cariño y la admiración que profeso a mis amigos, porque los veo más dignos de ellos y aumenta también la gratitud al ver que no merezco la indulgencia con que me tratan (Carta 12).

Las frases se multiplican en los años siguientes. En cartas de los años 1889 a 1892 leemos los siguientes párrafos: “Lo que Vd. dice sobre mi pobre persona en el folleto de Guichardino, me llenaría de vergüenza, si no viese que es el efecto de su amistad; por eso lo recibo con el mayor placer” (Carta 22).

“¡Qué bueno fuera que Vd. me enseñara a descubrir y leer y apreciar todo lo que se escribe en toda Europa y fuera! Esto me pasma y causa envidia (santa)” (Carta 40). “Veo la inagotable erudición de Vd., su infinita acribía, y me enorgullezco de que me llamo amigo de quien tan superior me es” (Carta 49).

En 1894 Teza presentaba al público italiano la obra maestra de Cuervo en un artículo titulado *Del nuovo vocabolario spagnolo di Ruf. Gius. Cuervo* (en *Atti e Memorie della R. Accademia di Padova*, X (1894), 139-146). La carta de Cuervo rezuma gozo y modestia a un tiempo:

Mi incomparable amigo: ¡Qué bueno es Vd., por Dios! Y ¡qué ojos y qué corazón tiene para descubrir en los demás lo que sólo en Vd. existe! Si no supiera yo lo que vale el nombre de Vd. en el orbe científico y literario, me regocijara con tanta cosa amable que dice Vd. de mí, como en fiesta de familia se ríen y celebran gracias que lo son únicamente para el cariño; pero si al ver la gente la firma de Vd., piensan que todo eso es cierto ¿no será una vergüenza que le haga yo quedar mal? En fin ya está hecho y primorosamente hecho; la intención es de oro, aunque los ojos enfermos de aquel amor que quita conocimiento; acepto con los brazos abiertos la una, compadezco a los otros. De hoy en adelante estudiaré y trabajaré más para que no se diga que quiero dejar a Vd. comprometido (Carta 58).

En los años sucesivos la admiración de Cuervo se hace más profunda al ir descubriendo cada vez mejor los nuevos veneros ocultos de su amigo: “Por Dios, ¿cómo desentierra Vd. tanta preciosidad? Yo no hallo ni tengo sino vejeces. ¡Qué dicha tan envidiable en gastar en oro hallazgos tan ricos e inesperados!” (Carta 110). “Feliz de Vd. que es, como dicen de Shakespeare, *thousandminded*, tiene ventanas para todos los lados del mundo y por todos ellos descubre objetos y perspectivas que sorprenden, enseñan y cautivan” (Carta 115). Todavía en 1907 se expresa así: “*Hunc undique gaza* ¡Del Norte y del Sur, del Poniente y del Levante! ¡Con qué santa envidia veo que Vd. no sólo lo conoce y entiende todo, sino que lo siente, y emula incomparablemente lo que los mejores han sentido y dicho! Y, ¡qué bien sabe Vd. loar y

llorar a los grandes muertos! Consérvese Vd. con salud y trabaje para gusto y orgullo de sus amigos” (Carta 126).

El entusiasmo de Cuervo no brotaba solamente de la erudición multiforme que encontraba en Teza, sino del sentido humano y estético, que conmovía su espíritu suave y delicado: “¿Cómo hace Vd. para saber que existen todos esos libros, y después para obtenerlos y después para leerlos y sacarles hasta la última gota de su jugo?” (Carta 55). “Alma dichosa la de Vd. que palpita igualmente al amor de lo viviente, que a la piedad de los que mueren. En lo que Vd. escribe, no sólo se aprende la ciencia sino algo que vale más...” (Carta 116).

Por eso mismo Cuervo nos revela a un tiempo particular estima de las cualidades poéticas de Teza y una resignada modestia en lo que se refiere a la propia incapacidad: “¡Qué bien se echa de ver que es Vd. poeta en ciertos toques e interpretaciones delicadas!” (Carta 12). “Dichoso Vd. que en prosa y en verso, en ciencias y en artes es de aquellos *quos aequus amavit Jupiter*. Y dichosos los que somos sus amigos para cada día quererle y respetarle más” (Carta 52). “Las canciones bohémicas son primorosas. ¡Cómo siento que las musas me sean tan esquivas! ¡Hembras habían de ser! Sin eso, aun sentiría la tentación de poner mano en ellas (canciones, digo) y vertirlas a la castellana” (Carta 113).

Pero las vagas alusiones eruditas a Júpiter y a las Musas se aclaran en una línea de hondo sabor religioso: “Una de las cosas por que deseo volver a tener el gusto de hablar cara a cara con Vd., es para preguntarle, de amigo a amigo, cómo hace para conseguir tantos y tan preciosos libros; la indiscreción no llegará hasta querer saber cómo los lee y les saca jugo, porque la respuesta no me servirá de nada, *Ipse fecit nos et non ipsi nos*” (Carta 101).

Estas frases entresacadas de su epistolario nos descubren la intimidad de estos dos espíritus. Pero en su entraña podemos fácilmente apreciar los elementos que nos ponen frente al mundo ideal y científico en el que se mueven y ante la vibración humana de sus personas, esto es, ante el aspecto científico y el humano de su personalidad.

RUFINO JOSE CUERVO: EL CIENTIFICO

El epistolario de Cuervo no pertenece al género postizo y académico de muchos epistolarios, ficticiamente naturales y dominados por la idea de su publicación. Sino que es algo espontáneo, vívido, reflejo fiel de las preocupaciones cotidianas y del trabajo constante. En él van aflorando mil detalles sobre ediciones raras, lecturas difíciles, noticias intrascendentes, minucias sobre sus viajes frustrados a la Biblioteca Mazzarina, consejos médicos al amigo juntamente con proyectos de vacaciones estivas, impresiones sobre las traducciones de Teza de obras clásicas o de poesías letonas, magiars, armenias, bohemias, suecas, y de elegías de Goethe, versos de Píndaro, de Schiller o de Heredia. Cuervo comunica sus adquisiciones libreras, las subastas en curso; pregunta por diccionarios u obras de métrica o comenta con regusto la posesión de la Biblia de Ferrara con la frase "aunque se le vuelva la boca agua" (Carta 70). Toda suerte de curiosidades eruditas mueven al compás estos dos espíritus gemelos. Por eso gozan con las mutuas búsquedas y hallazgos y hablan del "botín" y de los "ricos esquilmos de sus viajes de estudios" (Carta 11).

De aquí que la nota sobresaliente de sus cartas y uno de sus valores principales esté en su contenido científico. Sorprende a lo largo de todas ellas la prodigiosa erudición de Cuervo en forma de primores filológicos enriquecidos con innumerables citas de las figuras de nuestra literatura: desde el Mio Cid, Berceo, López de Ayala, el Arcipreste de Hita, las Cantigas y Santillana, hasta Meléndez Valdés, Reinoso, Moratín, Quintana, Bécquer y Jovellanos, sin dejar a los fray Luis, Garcilaso, Herrera, *Cancionero de Baena*, *El lazarrillo*, Solís, Rojas, Calderón, Lope y Tirso.

Toda esta flora erudita va salpicando diversos problemas filológicos y gramaticales: la etimología de las palabras y la fijación de sus sentidos varios, pormenores de métrica y acentuación. Cuervo va desentrañando el sentido de vocablos como *mentar*, *biombo*, *Persiles*, *baldío*, *regalado*, *antojo*, *prolijo*, *pringar*, *chaza*, *estripar*, *corbacho*, *cuco*, *vividor*, *escarceo*, *menesteroso*, *merchán*, *buja*; expresiones como *a mi salvo*,

bueno vas, teneos al Rey; términos antiguos como *diz, fiz, estido, vido, connusco, estorcer*; palabras americanas como *cacahuete, ruana, poncho, guache, guarrúa, masato, aloja y castruera*. Va fijando con profusión de autoridades clásicas el sentido temporal, causal, adversativo o concesivo del *ya que*, etc...

* * *

Tiene en cuenta estudios filológicos modernos y enjuicia con seriedad y delicadeza las figuras de su tiempo. De Gaston-Paris dice en una de sus cartas: "El señor Gaston-Paris, que es siempre muy amable conmigo, me envió el artículo sobre *hígado* y compañeros de transformación. Es verdaderamente maravilloso, y da no sólo que pensar, sino que reír. En el escrito del señor Gaston-Paris aparece la ciencia filológica más consumada" (Carta 111).

Teza le hizo conocer los trabajos de algunos eruditos italianos como Croce, Meschia, Restori y Bartoli. Y Cuervo comenta complacido sus méritos poco comunes:

Me han admirado la erudición y sagacidad con que el señor Restori dilucida esta intrincada cuestión [del "Mio Cid"] y la claridad y método con que expone sus ideas. Descendiendo a pormenores, creo que ha demostrado que el metro fundamental es el alejandrino [...]. Fuera de esto hallo una multitud de conceptos luminosísimos, cuales son el de que el *códice existente no es sacado de otro, sino de la memoria, la diferencia entre lo que hallamos escrito en dicho *códice* y la manera como se pronunciaba efectivamente, la acción niveladora de la música, la imitación inconsciente de modelos franceses, etc.*

 (Carta 4).

"El librito del señor Meschia — comenta en otro lugar — está escrito con un desenfado las más veces encantador; y sucintándome a la parte puramente científica, veo que intencionadamente, bajo capa de una aparente superficialidad, ha sabido trazar con mano maestra un cuadro exactísimo de los elementos góticos que *il dono infelice di bellezza* ha traído a Italia. Las apreciaciones sobre el purismo y su nacimiento me parecen acertadísimas, y original y fecunda la idea de

recopilar españolismos. Bien valdría la pena componer una obra parecida con respecto al castellano" (Carta 4).

A propósito de un estudio de Croce acerca de la lengua española en Italia, al que por otra parte añade correcciones maestras, escribe: "Me pareció interesantísimo y me enseñó muchas cosas que yo ignoraba... El estudio del señor Croce es muy exacto y está lleno de noticias recónditas, a más de estar redactado en estilo y tono muy agradables" (Carta 71).

Y a propósito de Bartoli, escribe: "El Bartoli merece a todas luces el entusiasmo de Vd. Es sorprendente la claridad del estilo, y sobre todo esa como intuición con que adivina lo que fonólogos modernos no han aprendido sino con todos los recursos de las ciencias del siglo de las luces. Sin duda que Bartoli debe ocupar puesto distinguido en la historia de esta disciplina" (Carta 51).

* * *

No faltan juicios sobre algunos españoles de nota. Del *Tesoro* de Cejador afirma que "demuestra gran saber y laboriosidad; no sé si está trabajado algo de prisa" (Carta 132). Habla en su carta 57, del 14 de octubre de 1896, de la *Antología de poetas líricos castellanos* de Menéndez y Pelayo; y más tarde, refiriéndose a las ediciones del *Cancionero de Baena* y a las diferencias de transcripción del manuscrito de Leipzig y de Madrid, añade: "Cuando el señor Menéndez y Pelayo hizo al editor Michel el cargo de haberse aprovechado del trabajo del de Madrid, acudí al original y me persuadí que uno y otro habían sacado su copia independientemente, como yo lo tenía ya comprobado en los impresos. Michel se equivoca a veces por falta de conocimiento de la lengua, pero es evidente que es más escrupuloso o más hábil paleógrafo" (Carta 83).

Es notable por su tono positivo y por el sentido profético que a cincuenta años de distancia podamos ver en él, el juicio que emite acerca de Menéndez Pidal:

Está en efecto esmeradísima la *Crónica general* de nuestro excelente amigo Menéndez Pidal, y sería gran cosa que se animara a

hacer el Vocabulario general del castellano antiguo, para el cual, fuera de los de la Crónica, tiene acopiados tantos materiales, según se colige de otros libros suyos. Sé que está adelantada la impresión de su trabajo sobre el poema del Cid y no dudo que será cosa buena. Por fin tenemos en España un representante eximio de la moderna filología (Carta 125, del 3 de marzo de 1907).

También nos encontramos con juicios referentes a personalidades americanas del campo literario o filológico: de Juan Montalvo dice pocos meses después de su muerte en París que “es sin duda el mejor escritor del Ecuador: docto, original, vigoroso, correcto. Su estilo tiene el defecto de ser desigual, sin duda a causa de haberse dejado llevar por sus terribles pasiones en las muchas polémicas personales y políticas que sostuvo” (Carta 23). A propósito de la obra literaria de Maso, evoca a Gabriel Alonso de Herrera, de quien dice que “a pesar de ser doctísimo, como que cita a cada paso a Columela, Plinio, al Crecentino y demás autores de *rústica*, tiene un sabor campesino que enamora. Hablando por ahí del modo de distinguir los huevos que se echan a las gallinas, marcándolos con un carbón, dice: Y esto ví que hacía mi señora y madre doña Juana González, que santa gloria haya. ¿No es esto muy bonito?” (Carta 63).

* * *

Las alabanzas de Cuervo no conocen límites al hablar de los excelsos compañeros de fatiga filológica Caro y Bello. Del primero escribe: “Mucho me ha complacido que agraden a Vd. las traducciones de mi amigo Caro, que es, sin que me ciegue el afecto, una de las joyas de nuestra literatura contemporánea” (Carta 19). De la *Gramática* de Bello afirma que “es por voto unánime de las personas entendidas que la conocen, lo mejor que tenemos en castellano [...]. Bello escribió además una *Ortología y métrica*, igualmente sin rival” (Carta 11). Pero aún rezuma más hermandad americana aquel texto de la carta del 14 de septiembre de 1887 en el que al hablarle de los estudios de Bello (1823 y 1834) sobre el *Mío Cid*, escribe con vibración patriótica:

Creo que no dejará de interesarle a Vd. la siguiente noticia, que le comunico con tanto más gusto cuanto al darla reclamo algo para mi América [...] el filólogo venezolano no llegó a dar la última mano a su obra y es cierto que ella no puede equipararse a los trabajos análogos de que hoy se glorían la crítica y la hermenéutica, tanto por aquella circunstancia como por la época en que se escribió, y por haber llevado a cabo mucha parte de ella sin los recursos de los grandes centros literarios; pero aun así, es indudable que merece estudiarse por todos los que se interesan en nuestra antigua literatura española. No dejarán éstos de encontrar ahí sólida instrucción, gran conocimiento de la lengua y sagacidad poco común (Carta 4).

* * *

Destacamos también alusiones de interés a literatos de la época en las cartas de Cuervo. Respecto a la polémica mantenida con Valera acerca de la alteración sufrida por la lengua, dice: "Lo de que Valera imitó todo lo que se lee en el Quijote, lo aduje para probar de manera palpable que las lenguas se alteran por sí solas y que es falsa la idea de fijación" (Carta 110). Y en 1903 al poner fin a la polémica, escribe con sentimiento rayano en amargura: "Con pena le remito el fin de la polémica con Valera: este señor me ha sacado de mis casillas con la pretensión de burlarse de mí, y no sé si no he hecho mal en no aguantarlo. Por descontado que a la ciencia nada importa que él entienda de lingüística o no, o que yo haya dicho esto o lo otro o lo de más allá. Por eso he enviado el folleto a poquísimos amigos de oficio" (Carta 118).

Teza conoció a Núñez de Arce en su viaje por España y comunicaba a Cuervo su pobre impresión sobre el poeta: "Conocí personalmente a Núñez de Arce; pero si tuviera derecho a hablar, yo sería más severo juez de sus poesías que la mayoría de sus compatriotas. La *Visión de Fray Martín* me parece demasiado pálida y lamartiniana; y el *Idilio* carece de verdad y de sencillez" (*Cartas de su archivo*, IV, 50). Cuervo aprueba tímidamente el juicio desfavorable de Teza en su respuesta: "Voy a hacer una confesión que acaso escandalizaría a muchos españoles, y que acaso tampoco se

aparta mucho de la opinión de Vd., a saber: Núñez de Arce me parece superior como estilista y versificador a lo que es como poeta". Y después de hacer un cotejo entre la estrofa 10 del *Idilio* de Núñez de Arce con el canto II del *Mireille* de Mistral e insinuar su marcada semejanza, concluye: juicio temerario, "aunque la coincidencia en caso de serle, tendría algo de poco común" (Carta 5).

También Teza hablaba en sus cartas de Ruiz de Alarcón y reclamaba el juicio de su amigo: "Deseo el juicio de usted sobre el estilo del novelista Alarcón: En España me lo alabaron muchísimo, pero al compararlo con la sencillez antigua de Valera y con las audacias ingeniosas de la Bazán, me parece demasiado verboso y de poco vigor" (*Cartas de su archivo*, IV, 138). Cuervo concuerda con el italiano y trata de salvar al literato por razones de orden extraliterario: "Le confesaré a Vd. que me allego a su parecer sobre el estilo de Alarcón: me parece soso y de poco aliento. Sé por personas que lo han tratado que es hombre excelente, y esto sin duda contribuye a la simpatía que como escritor le profesan los españoles" (Carta del 6 de junio de 1889).

* * *

En su viaje por Italia hacia 1878, Cuervo tuvo noticia de la fama de Carducci como poeta y movido por los elogios escuchados llegó a conocimiento de sus poesías. En ellas admiraba "la alianza del sentimiento político más exquisito con el conocimiento más profundo del arte". "Todo lo que he oído y visto después — concluye— agranda este concepto. Italia siempre ha sido y es madre de poetas y de sabios" (Carta 37).

* * *

Son dignas de ser recogidas algunas apreciaciones que se refieren al campo literario. Teza le insinuaba en carta del 5 de mayo de 1889 la necesidad de un remozamiento de los

moldes poéticos de la literatura española de aquellos años: “Se me ocurre también preguntarle: ¿No sería ventajoso para la literatura española, que se aumentara brío y fuerza al verso español, con variedad de acentos y los diéresis? Se parece demasiado al verso de nuestro siglo xvi, un poco cansado: necesita ser educado en la escuela de un Fóscolo español y de un Leopardi español. ¿Qué le parece?” (*Cartas de su archivo*, IV, 138). Cuervo, que no llegó a conocer la renovación de la poesía española en nuestro siglo, registraba el hecho aducido por Teza y aducía una explicación, al contestarle:

El verso suelto es en castellano más una ostentación de parte de los buenos poetas, que una fórmula gustada por el público. Raras composiciones en este metro son leídas de toda clase de personas, y sin duda por esto no ha logrado toda la variedad y perfección de que fuera capaz. Los versos sueltos de los poetas antiguos son ilegibles; Meléndez, Jovellanos, Moratín y Quintana les dieron un gran impulso y no creo, en general, que después nadie haya pensado en adelantar algo; ellos son todavía el modelo (Carta 20).

* * *

Cuervo se queja del pobre estado de los estudios filológicos y gramaticales en España y atribuye a ignorancia la pérdida del uso del hiato tan frecuente en los clásicos; en ello ve que “ha influido el amortecimiento de los buenos estudios; pues Vd. sabe que raro español, sea de aquende o allende el charco, lee los autores de su lengua, ni estudia su prosodia” (Carta 34). La misma razón explica la pobreza del conocimiento del habla popular: “No tengo conocimiento alguno sobre el lenguaje en que nuestros dramáticos hacen hablar a los campesinos. Tema curioso, pero difícil de tratarse fuera de España, donde como Vd. sabe, el estudio del habla popular está por hacer, de manera que acá nos faltan materiales. Además de que para distinguir lo copiado de lo imaginado, sería menester fijar la localidad cuya habla se ha pensado imitar, y esto pasados dos siglos” (Carta 35). Mayor dureza emplea al hablar de los estudios lingüísticos en Argentina: “sobre el estilo y lenguaje de los argentinos hay

mucho que decir. Los mejores dan caídas pavorosas. Allá hacen gala de no estudiar su lenguaje. Su efímera prosperidad les volvió el seso" (Carta 35). Por lo demás, es curioso el juicio de Cuervo acerca del aislamiento de las naciones americanas: "En América puede decirse que no hay relaciones entre las diversas naciones, sino hacia las fronteras o entre las muy vecinas. Creo no haber conocido más de tres o cuatro mejicanos y otros tantos argentinos" (Carta 56).

* * *

Respecto a las discusiones suscitadas por la edición contemporánea del *Diccionario* de la Real Academia, Cuervo se expresa con dureza en carta del 7 de febrero de 1888: "Las notas sobre las contiendas suscitadas por la última edición del *Diccionario* de la Academia son interesantísimas. Sólo siento que la delicadeza de Vd. no le permitiera cargarle la mano a Escalada. Este señor, que es el mismo que con el nombre de Venancio González escribió los *Ripios aristocráticos*, creyó que era tan fácil meterse a filólogo como hacer reír, muchas veces con chistes de cuartel (pues es militar), a costa de unos versos entresacados acá y allá de obras, por desgracia no siempre excelentes. Vd. habrá visto sus desaciertos y su mala voluntad, y no hay para qué hablar más sobre el particular" (Carta 6). Y poco más tarde vuelve a referirse con moderación a la necesidad de una crítica seria y bien fundada: "Creo que una crítica moderada y fundada como la que Vd. podría hacer del *Diccionario* de la Real Academia, sería útil. Tal vez podría Vd. remitirla privadamente a la misma Academia y publicarla luego. Yo sé de personas que han remitido observaciones y han sido muy bien acogidas. Yo creí conveniente en el prólogo del *Diccionario de construcción*, etc. etc., dar a entender que no aprobaba las etimologías de la Academia ni otras cosillas. Por lo mismo que ella tiene autoridad, y merecida, necesitaba yo abroquelarme con tiempo para que no me combatieran alegándome sus opiniones, como acaso sucederá en varios lugares en que se habla español.

Porque no están muy adelantados en materias filológicas” (Carta 7) ².

Sería interminable dar cuenta de toda la riqueza científica del epistolario de Cuervo; solamente su lectura reposada puede descubrirnos la anchura y profundidad de su erudición. Más por suscitar el apetito de sus posibles lectores, indicaré sucintamente algunos de los puntos tratados con más o menos extensión: la décima o copla real, anormalidades en el endecasílabo en el *Mío Cid*, la falsa paternidad cervantina de algunos romances, el lenguaje aljamiado, notas críticas sobre la *Diana* de Montemayor, las ediciones de Nebrija, el Arcipreste de Hita y el *Cancionero de Zúñiga*, la Vida de S. Ildefonso y *Aminta*, Lope de Vega, Calderón, el *Lazarillo* o las traducciones de Teza de la *Cristabella* y *Dora*, etc.

Este es el científico y éste el valor de su epistolario. En él nos descubre su sabiduría vastísima, sus descubrimientos y sus insuficiencias, el mundo por el que campea su espíritu siempre codicioso de nuevo saber, la seriedad y rigor de su trabajo. Una palabra resumiría el vagar fecundo de su espíritu: los libros. Estos constituyen su limitación: “Para aumentar los *Ni* y los *Ne*, diré a Vd. que tampoco conozco el Barros: los libros son como el agua, se meten por bajo de la tierra, y aparecen donde uno menos se lo figura” (Carta 111). Los libros le aplastan al argüirle de su impotencia para llegar a todos ellos:

Me causa miedo, casi horror, adquirir libros nuevos, pues vivo tan atareado que comprar uno es comprar una desilusión: le recibo con gran gusto y después de buscarle puesto en la apretura de estos cuartos parisienses, se queda ahí como el cadáver en su nicho, porque no puedo volver a tocarlo. ¿No es ésta una calamidad? ¡Cómo envidio a Vd. que trabaja más y mejor que yo, y todo lo lee con provecho! (Carta 53).

² También manifiesta desacuerdo a propósito de las normas académicas sobre acentuación de textos antiguos, en una carta donde expone su criterio sobre edición de versos de autores antiguos: “Los versos de autores como Cervantes y Guillén de Castro merecen siempre publicarse; los de autores desconocidos u oscuros, sólo cuando son buenos o importantes para la historia literaria” (Carta 21).

Por eso ve con angustia dispersarse las bibliotecas reunidas con tanto esfuerzo y su sentimiento prevalece sobre su espíritu comercial cuando presencia las subastas parisinas de librerías, saqueadas por bibliófilos sabuesos:

Estos días se ha estado vendiendo en almoneda la biblioteca de Maglione y poco antes los restos de la "Salvá" — dice en carta del 26 de mayo de 1894 —. Naturalmente acudí con más frecuencia a esta venta que a la otra; pero en ambas he conseguido por precios inesperados libros que jamás volverán a salirme al paso. Por ejemplo, la 1ª edición del *Corteggiano* de Castiglione, y también la primera traducción lindísima de Boscán, aquella en seis francos y ésta en dos. Da lástima cómo se dispersan colecciones formadas con inauditos trabajos y sacrificios, con un desprecio que llenaría de amargura a sus dueños (Carta 59).

Y dos años antes se ensañaba por igual motivo con los bibliófilos: "En estos días se está haciendo la segunda almoneda de los libros de Heredia, colección admirable, única, de libros españoles: algo útil he podido comprar; los librerros y bibliófilos son como el perro del hortelano: no leen ni dejan leer. Algunos libros han subido horriblemente" (Carta 41). Cuando por razones de salud ha de abandonar su casa, se encuentra "secuestrado" de sus libros (Carta 22). Cuando le cerca gran soledad, vuelve a sus libros, a quienes llama "grandes consoladores" (Carta 97). "Mi salud — dice en otra carta — tiene sus altibajos, pero en los altos no puedo prescindir de mi manía de hojear libros y sacar notas que no aprovecharé jamás" (Carta 123). Y al fin, cuando arrecian los achaques y su cabeza no soporta el trabajo serio, el rebuscar libros viejos le produce alivio y consuelo: "De algún tiempo a esta parte — dice pocos años antes de su muerte — estoy bien achacoso, y escribir cuatro letras como éstas me cuesta harto trabajo y me deja alguna fatiga: pero al fin aún puedo rebuscar libros viejos y hojear uno que otro nuevo, lo ya es algún consuelo" (Carta 127).

Esta que él bautiza como "santa manía" (Carta 115) es el eje de su vida laboriosa. Su mejor testamento como hombre de ciencia es aquella frase plena de sentido: "EL TRABAJO ES LA

VIDA Y EL BÁLSAMO SOBERANO PARA INFINITAS DOLENCIAS" (Carta 121, del 29 de diciembre de 1903).

RUFINO JOSE CUERVO: EL HOMBRE

Tanta o mayor belleza que esta vertiente científica de la personalidad de Cuervo encierra su lado humano, que aunque más íntimo, se trasluce suficientemente en sus cartas. Nieto Caballero en la introducción al IV tomo de *Cartas de su archivo*, pág. II, nos habla del carácter hospitalario de su casa, en la que obsequiaba con una copita de Málaga a sus visitantes, charlaba familiarmente de todo menos de sus trabajos, eso sí, a discreción de su vieja sirvienta, que debía ser la administradora de su conservación. Es curioso que en algún caso interrumpe su carta con esta frase familiar que nos revela la dulce dictadura de su ama de casa: "Me han llamado a almorzar y Vd. sabe que las cocineras no son muy pacientes" (Carta 120). Cuervo se vio repetidamente obligado a mudar de casa; y podemos imaginarnos fácilmente las angustias de un hombre de libros condenado a tales menesteres, tanto por la cuantía de sus queridos papeles e impresos, como por el escaso sentido práctico de su propietario. Una de estas mudanzas tuvo lugar en la primavera de 1891 y de ella escribe en carta del 24 de mayo de ese año: "¿Mi silencio no le ha hecho a Vd. figurarse que en la mudanza de casa se me ha caído encima algún estante, baúl o cosa parecida? Nada de ello; pero el ajeteo de esta faena vale tanto como eso" (Carta 36). Nuevamente en 1897 pasó a 2, rue Lar-gillière, que ofreció en seguida al amigo italiano:

Esta habitación será de Vd. y de la señora (c. p. b.) como las otras. La memoria de UU. poblará su soledad, y ojalá algún día pudieran tomar posesión efectiva de ella, viniendo a esta ciudad. Puedo decirle que viviré más en el campo que en la ciudad, pues estaré a la orilla del Bois de Boulogne, con mucho aire, mucho sol y mucha luz; al mismo tiempo es grande la facilidad de comunicación, de modo que en pocos minutos podré trasladarme al centro de mis necesidades. Las molestias no podré contarlas hasta que el tiempo las descubra (Carta 80).

Por cartas sucesivas sabemos que en 1903 pasó a 18, rue de Siam; y que anteriormente vivió en 1887 en 3, rue Meissonier y en 1891 en la calle Frédéric Bastiat.

* * *

Sus cartas siguen de cerca el curso de sus trabajos. En 1889-1890 se ocupaba en la corrección de la *Gramática* de Bello (Cartas 23, 27, 30). Hacia 1891 trabajó en la redacción de la *Vida* de su padre en colaboración con su hermano. En julio del citado año escribe a Teza: "Ya estamos avenidos con el impresor para la publicación de la vida de nuestro padre. Como él figuró mucho en el país y guardó documentos y una extensa correspondencia, hemos querido hacer algo como sus memorias; con lo cual el libro saldrá bastante extenso. Así tratamos de cumplir un grato deber de piedad filial, y esperamos que este buen deseo logre el premio del buen éxito" (Carta 37). "La *Vida* — dice un año después — está encuadernándose; pronto, muy pronto irá a besar a Vd. la mano, y aunque es cosa de mi país remoto a que por acá se hace poca justicia, Vd. tiene el corazón y cerebro abierto para todo el mundo y practica el *homo sum*; así confío que verá con curiosidad algunas páginas" (Carta 43).

Teza leyó con interés los dos tomos de los hermanos Cuervo y comunicó inmediatamente a París su buena impresión. Esta fue gozosamente acogida por Cuervo, quien da cuenta de su alegría en carta del 4 de agosto de 1892:

Mi hermano y yo hemos tenido día de fiesta con la amable carta escrita por Vd. al acabar de leer la *Vida* de nuestro padre. El que a Vd. le haya interesado, es la mayor recompensa a que podemos aspirar, pues con esto concebimos la esperanza de que interese a todos los hombres honrados y doctos a cuyas manos llegare. Nuestro deseo no ha sido otro que el de atraer a la memoria de nuestro padre alguna simpatía y respeto (Carta 44).

La perspicacia de Teza creyó distinguir los estilos diversos de los dos hermanos en la redacción de la obra y a ello hizo alusión en su carta. Cuervo responde vivamente inquietado por el atisbo del italiano:

Tengo curiosidad de saber el juicio definitivo de Vd. sobre la diferencia de redacción de la *Vida*. Como dije a Vd., aquello está tan revuelto y ambos hemos procurado conformarlo todo, que me caerá en gracia que al fin se vieran las costuras. Esto me hará recelar que aun en cosas en que yo sólo pongo la mano, se nota la lucha entre el espíritu de mi escritorio, rodeado de venerables españoles, y el de la calle cundida de gabachos. El juicio de Vd. me pondrá sobre aviso (Carta 45).

Cierro este capítulo en el que brilla el afecto filial de Cuervo con la respuesta que éste da a la gacetilla publicada por Teza sobre la obra en la revista italiana *Natura ed Arte*: “La noticia que Vd. da de nuestro libro, supera nuestro deseo, y si al saber que a Vd. le había interesado la *Vida* de nuestro padre nos llenamos de contento, ahora estamos orgullosos. Conservaremos este número de *Natura ed Arte* con religioso esmero, tanto por contener prenda tan valiosa de la amistad de Vd., como en calidad de título literario” (Carta 49).

Especial atención concedió Cuervo a su pequeño libro sobre el lenguaje bogotano, tratando de mejorar sus sucesivas ediciones. Hacia 1892-1894 preparaba su reedición retocada (Cartas 50, 53 y 60). Luego fue extendiendo el campo de estudio al lenguaje popular de los países de habla castellana (Cartas 93 y 95). Su esmero por apurarlo todo, hacía su esfuerzo interminable: “Recelo — dice en 1904 — que es efecto de mi debilidad de cabeza el empeño de apurarlo y averiguarlo todo, lo cual me hace perder infinito tiempo. Esto me fastidia porque no soy dueño del tiempo y acaso todo será trabajo perdido” (Carta 122). Todavía en 1906 sigue ocupándose de la obra, a la que califica de “ocasión de nuestra sincera amistad” (Carta 125): “¿Recuerda Vd. que el librito aquel sobre el lenguaje bogotano fue ocasión de nuestra ya vieja y por lo mismo siempre mejor, como el vino, de nuestra ya vieja amistad, digo? Pues quería que el 1º de enero de 1907 se apareciese en casa de Vd. con la cara algo lavada, aunque siempre cojo y manco, pues los vicios de nación (*sic*) por milagro se curan; pero los impresores no lo han querido, y así no irá a Vd. a besar la mano sino cuando ellos y los encuadernadores lo permitan” (Carta 124). La edición le

costó sudores y esfuerzos, ya que, según él, trató de refundir el libro y hacerlo casi nuevo: "Este año pasado — se refiere al 1905 — se me ha pasado en trabajos forzados: me comprometieron a hacer nueva edición del librito aquel sobre el l. b., y no supe a lo que me obligué. He tenido que hacerlo nuevo casi todo, a medida que lo voy enviando a la imprenta. Así es seguro que si desaparecerán algunos errores y defectos, resultarán otros. Allá irá en busca de corrección amistosa" (Carta 123).

Todavía en 1909 trabajó, a petición de los editores, en la preparación de una nueva edición: "He puesto mejor en orden algunas cosas, corregido unas cuantas; pero el pecado original no puede quitarse, que consiste en casar lo familiar con lo científico" (Carta 130). Y casi cierra su epistolario con una postrera mención del famoso librito: "Estoy haciendo otra edición del libro sobre el lenguaje bogotano, en que corrijo y enderezo unas cuantas cosas de la anterior, y añado algo. Sobre todo, he hecho un nuevo prólogo en reemplazo del antiguo, que está anticuado, y dejaba ver los remiendos que en cada impresión iba poniendo. No se admire Vd. de que la obra se haya acabado; es libro casero, y en mi patria lo emplean para los colegios" (Carta 131, del 30 de diciembre de 1910).

A lo largo de los años 1890-1894 son múltiples las referencias a la obra monumental del *Diccionario*. El 22 de febrero de este último año habla, por fin, del envío del segundo tomo del mismo:

El segundo tomo del Diccionario supongo que se habrá entrado sin decir oxe ni moxte por la casa de Vd. El día que lo despaché se fue todo el tiempo en otras bagatelas, y no lo tuve para anunciar a Vd. la llegada de ese huésped; el cariño que Vd. me dispensa, me asegura que él será bien acogido y tendrá un lugarcito caliente entre los amigos de Vd. Cuando Vd. tenga lugar de hojear el libro, recuerde que el trabajo que me ha costado no puede tener mejor recompensa que el que mis amigos vean, que si no he acertado, a lo menos no me ha faltado amor desinteresado a la ciencia, o sea a la verdad" (Carta 57).

Los achaques, a los que alude frecuentemente en las cartas de esta época, hicieron particularmente fatigosa la

elaboración del *Diccionario*; y no faltaron dificultades creadas por la prisa de los editores en publicar, y por la mezquindad a la hora de pagar el trabajo. “Da grima — dice en 1890 — la manera en que ciertos editores entienden sus deberes; creen que todo consiste en mandar a un escribiente a sacar una copia, darla a los cajistas y sin más ponerla a vender. Hace días que tengo una desconfianza absoluta de casi todo libro recién impreso, y ya me arrepiento de haberme valido de algunos para mis trabajos” (Carta 24). En 1894 habla ya del tomo tercero: “Está algo retrasado por desavenencias con los editores, con quienes he tenido el pecado de ser excesivamente cumplido; Vd. sabe que para los comerciantes ha de ser uno como una fiera; un año hace que estoy en disputa para que me arreglen mi cuenta. Vd. me dirá por qué no voy a otra parte; respondo: por miedo de dar en otros peores” (Carta 61).

* * *

El epistolario nos permite fijar con bastante detalle el marco cronológico de la vida de Cuervo. En 1887 menciona el viaje que “hace años” hizo a España; y poco más tarde recuerda su paso por Italia hacia 1878 (Cartas 5 y 37). De noviembre de 1889 a abril de 1890, lo encontramos en Monaco-Condamin. Este mismo año de 1890 pasó algunas semanas en los Vosgos y tuvo la alegría de ser visitado en París por Teza, a quien en este otoño vio por vez primera. En 1891 descubre su propósito de ir a veranear junto al mar; pero en 1892 estuvo en Brunnen (Suiza), giró por el Righi, Luzern y atravesó el San Gotardo para visitar la maravillosa región de los lagos. Los años 1893-1895 pasó su temporada campestre en Wegis (Suiza), Mont-Dore y Aix-les-Bains.

En 1896 moría en París en mayo el hermano de Rufino José Cuervo. Esta pérdida familiar supuso el más rudo golpe para su alma sensitiva: a partir de ese momento, a sus achaques crecientes se unirá como el más fuerte de todos ellos, la soledad vivamente sentida:

La muerte de mi querido hermano, tan rápida, pues no duró en cama sino cinco días, me ha dejado tan quebrantado, que me falta ánimo para escribir y para todo. No crea Vd. que me dejó abatir; pero considere que a más de esta amargura, mi casa se ha desorganizado, porque la persona que la manejaba cayó enferma a causa de la fatiga de aquellos días, y yo he estado cosa de dos semanas comiendo fuera, como vagante. Dicen que los males no vienen solos y parece que la Divina Providencia nos quisiera arrancar de nuestro dolor para que no nos cebemos en él y nos abandonemos (Carta 73).

Un mes más tarde agradecía conmovido las atenciones de Teza: "De grandísimo consuelo me han sido las cariñosas palabras de Vd. y el lindo *Ars amandi*. Cuando ha tenido uno desgracias como la mía, todos al principio le acompañan, y poco a poco le van dejando solo con su pena. Entonces no se atreve uno ni a mostrarse triste para que no parezca acusar el abandono. ¡Y cuánto agradece a los que no le juzgan olvidadizo! Vd. es de los amigos del principio y de siempre: Mil y mil gracias" (Carta 74). Su delicadeza se va refugiando en su propio mundo interior, sin atreverse a manifestarse sino a la intimidad fiel de su amigo italiano: "Yo estoy achacoso y en creciente soledad" (Carta 75, del 5 de octubre de 1896).

Al año siguiente, 1897, parece haber recobrado el ánimo; inició sus días veraniegos en Inglaterra, aunque pasó muy pronto a Normandía por razón de las fuertes comidas inglesas. Probablemente sus achaques impidieron su salida en 1898-1899. En 1900 abriga proyecto de ir al mar, aunque confiesa que ya lo asustan los viajes (Carta 104). En 1901 volvió a gozar del fresco de Normandía por espacio de tres meses; y en 1903 se atrevió a alquilar una casita en Yport, a la que fue con su sirvienta. En 1904 estuvo en Neuchâtel (Suiza). En 1907 tenía intención de llegar hasta la Riviera italiana. Al año siguiente lo vemos por Engelberg (Suiza) y los lagos italianos. Y por fin en 1910, un año antes de su muerte, no quiso ir a la montaña, sino al mar.

* * *

Adentrándonos más en la intimidad de Cuervo, merecen recogerse dos alusiones a su primera infancia:

Me llama la atención — dice en la primera — ver la multitud de nombres populares que tienen las estrellas, y los pocos que yo he oído, a pesar de que, cuando niño, pasaba largas temporadas en el campo, tratando con los labriegos. No recuerdo haber conocido entonces sino los Tres Reyes (o las Tres Marías) que, si no me engaño, llaman al cingulo de Orión; las Cabrillas o Pléyadas y la Cruz de Mayo (o del Sur), gloria de nuestro hemisferio. Me olvidaba del Lucero (de la tarde o de la mañana). La última vez que volví a mi casa, me sentí como en mi patria y en mi cielo, al ver por primera vez desde el buque la magnífica constelación adivinada por Dante. No pude mirar al cielo sin echarla de menos (Carta 60).

En 1901 comenta con gracia su intención determinada de dejar para el final de la carta el agradecer a Teza sus opúsculos: “Cuando yo era muchacho, siempre que me servían un huevo estrellado, comenzaba a comer la clara y dejaba para lo último la yema, que era lo que más me gustaba. Así hago ahora: dejo para la postre, agradecer a Vd. los seis opúsculos que me ha remitido” (Carta 110).

* * *

Cuervo se sentía profundamente americano y hablará de “mi América”. Pero su largo contacto con nuestros clásicos — los “venerables españoles”, como los llama — unido a los lazos de sangre, mantiene siempre vivo su sentido español, aunque alejado de las “cosquillas de la nacionalidad”. Hablando del parecer del italiano Meschia acerca del origen español del purismo literario, escribe a Teza esta frase:

Un español que tuviera la sangre caliente del abate Lamprillas, saltaría sin duda al leer que ‘il cattivo gusto, il concettismo, il cultismo, passarono di Spagna in Italia’, y es muy posible que retorciera la frase. Los americanos, que al romper los vínculos políticos con la metrópoli, conservamos el amor de la lengua y la literatura sin las cosquillas de la nacionalidad, nos arrimaríamos de grado al temperamento, al parecer justo, que entre los dos extremos propone Ticknor. ¿Nos culparía Vd.? (Carta 4).

Teza visitó España en 1887, recorriéndola desde Tolosa a Granada y desde Toledo hasta Barcelona. “Para mí — decía a Cuervo — fue un verdadero placer y hoy no tengo otro deseo que el de volver” (*Cartas de su archivo*, IV, 50). Cuervo le escribe complacido, haciendo la más entusiasta profesión de hispanismo:

Me ha complacido sobremanera que haya Vd. hecho una excursión por España. Aunque yo no soy español, mis abuelos lo fueron, y yo guardo cariño por la antigua patria, reconociendo que lo bueno que tengamos los americanos lo hemos heredado de las eximias cualidades de esta nación de caballeros. Yo hice también una correría hace años, y me ha quedado como a Vd. el deseo de volver. ¡Hay allí tanto que admirar! Siento la más pura satisfacción en ver que persona como Vd. ha estado contenta en la patria de mis mayores (Carta 5, del 26 de diciembre de 1887).

Su corazón verdaderamente grande, quería compaginar el afecto a la Madre Patria y a las Naciones Hijas. Con ocasión del desastre español de Cuba, brotó en la pluma de Cuervo esta frase concisa, pero justa y ardiente: “Estoy también muy contristado con las cosas de España. Por más que sin ofender a mis padres, no puedo yo menos de simpatizar con la independencia de Cuba, la arrogancia de los Estados Unidos con un país pobre y débil, me irrita. ¿Cuándo veremos el reinado de la justicia?” (Carta 92, del 15 de mayo de 1898).

* * *

Pero en Rufino José Cuervo, como hombre, la nota que más destaca es su sencillez y modestia. La manera de hacer sus estudios no le da otro título que el de “aficionado” y siente pudor en que sus cosas caigan en manos de los “profesores” (Carta 5). Le parece excesivo el que le cite Teza en sus trabajos, aunque piensa que, al ver la gente que es su amigo, le “creerán algo” (Carta 21). Cuervo expresa su admiración sincera ante la extensión y la profundidad de los conocimientos de Teza, y se avergüenza de no enviarle nada publicado: “con haberme toda mi vida casi consagrado al estudio de mi

lengua, no logro dar a mis borriones una perfección siquiera relativa” (Carta 3). Se lisonjea al recibir los libros de Teza, aun sobre materias de las que no entiende “ni jota”, al ver que “un amigo suyo con ser tan superior a él, le quiere y estima” (Carta 53).

En 1894 Teza hizo nombrar a Cuervo socio honorario de la Real Academia, en premio a su obra máxima, el *Diccionario*. Cuervo se asusta ante tante gente venerable: “No por eso seré más de lo que soy. UU. sí que serán más, con probar que estimulan las buenas intenciones, única cosa que poseo. No me harán ‘académico’, sino estudioso y agradecido” (Carta 59, cfr. núms. 58 y 60).

También Teza, al declinar de su vida, comulgaba con Cuervo en modestia rayana en pesimismo: “Por mucha experiencia que yo haya adquirido, el huir de los años viejos y el aproximarse de los nuevos y desconocidos me llena de melancolía: Mirando atrás ve uno que no ha hecho nada o casi nada” (*Cartas de su archivo*, IV, 234). Cuervo trataba de entonarlo con su respuesta: “No diga Vd. que fastidia con lo que, fastidiado, escribe y trabaja; los juicios que uno forma sobre sí mismo desfavorables o adversos, no son siempre acertados; y aquí protesto yo contra los de Vd.” (Carta 126). Olvidaba el sabio médico de la enfermedad ajena, que la frase tenía aplicación perfecta en el caso de sus propias apreciaciones personales sobre sus trabajos.

Una forma delicadísima de modestia, muy rara en el hombre de letras, es el equilibrio espiritual que muestra Cuervo al saber discriminar con justicia todo lo bueno que se encuentra en obras que acaso por pequeñeces y nimiedades se aceptan con disgusto: “Es común — dice — que todos incurramos en la injusticia de reparar las erratas, o sea que entre un millón de letras bien puestas hay cinco o seis mal puestas: no agradecemos aquellas, y nos quejamos de éstas; una observación no conforme con nuestro modo de ver las cosas, nos saca de nuestras casillas; y la obra entera que hemos aprendido y gozado no nos merece un aplauso” (Carta 71). He aquí expresiones similares en su última carta, que bien

pudiéramos calificarla de testamento del científico y del hombre:

Las *Enmiendas* de Toro son obra de un joven que ha hecho buenos estudios y hace patentes descuidos y errores en el Diccionario de la Academia. Vd. sabe mejor que yo, lo injustos que somos con los diccionarios: un error, un descuido, nos saca de paciencia, y no pensamos en los infinitos servicios que a cada hora nos prestan. Sin embargo, mejor fuera que esos errores no existieran; y el hacerlos notar con justicia y moderación, para que se corrijan, es servicio que en pro de todos redundaría (Carta 132, de 24 de febrero de 1911).

* * *

Es forzoso ya pasar al capítulo que más párrafos ocupa en sus cartas y que sin duda define uno de los aspectos esenciales de la personalidad humana de Cuervo: su débil salud. En realidad casi desde las primeras cartas a la última es insistente la mención de sus achaques. Ya en 1887 vio frustrados sus deseos de estudiar en verano los trabajos de Restori y Meschia, amablemente enviados por Teza: "Al salir de París eché los libros en la maleta, pensando que podría hacer algo, y quedaron otra vez burladas mis esperanzas, pues mis fuerzas tampoco dieron nada de sí" (Carta 4). En 1889 tuvo una fuerte afección de ojos que le obligó a suspender por algunos días cualquier lectura (Carta 20). Ese mismo año escribía a Teza desde Mónaco:

Mi suerte ha corrido algo diferente: hace más de seis meses que mi salud ha padecido por muchos altibajos; en el mes de septiembre tuve una fiebre violenta que, aunque breve, me dejó exánime, y a consecuencia de esto el médico me 'condenó' a salir de París durante el invierno. Aquí me tiene Vd. secuestrado de mis libros, obligado a cortar casi del todo mis trabajos, sin otra satisfacción que la de hallarme a las puertas de la sin par Italia, y como en su penumbra, según lo que se oye hablar aquí italiano o cuasi-italiano. ¡Qué bueno fuera que esta proximidad diese ocasión que pudiese estrechar la mano a Vd., mi buen amigo! (Carta 22).

Y días más tarde: "La salud no va mal. Como no tengo nada que ver con estas gentes no lo paso muy bien; gozo

del aire puro y del mar incomparable, sin pensar en tantos que no merecen disfrutar de ellos" (Carta 23). En 1890 y 1891 frecuentemente alude a catarros o se queja del tiempo "abominable" o "endiantrado" (Cartas 30, 33 y 36).

Después de gozar del campo en 1891 con buena salud, volvió a París en septiembre; confiesa que no ha tenido día sano y que se encuentra encerrado en casa y bajo atención médica. También fue traidora la primavera de 1892 y lo cubrió de achaques. "El espíritu ha estado pronto — dice — pero la carne flaca" (Carta 41). Al fin de año le sobrevinieron fiebres que le obligaron a no salir de casa. "No me quejaré más, porque en estos días de Nochebuena y Año nuevo, no es bueno hablar de cosas tristes" (Carta 50).

En 1894, se queja de reumatismo, insomnio y bronquitis por duplicado; además, le sienta muy mal el calor (Cartas 60-1, 66, 68 y 78). "Fuera cuento de nunca acabar", dice en carta de junio de 1895, "si hubiera de referir a Vd. todos los achaques que han llovido sobre mí en esta primavera. Como núcleo ha figurado una bronquitis que me ha tenido encerrado, y casi condenado a un silencio de trapista, semanas y semanas. En fin, ya voy saliendo al otro lado; pero como no hay forma de que haga buen tiempo, se prolonga mi clausura mucho más de lo que yo quisiera" (Carta 65).

Cuervo sufrió el más rudo golpe con la muerte casi repentina de su hermano. La soledad en que quedó este hombre célibe, fue pesando cada vez más sobre su alma, sensible y melancólica; los achaques le impedían el acceso al bálsamo del trabajo y lo forzaban a vivir encerrado con sus pensamientos siempre más tristes. "A los profesores les sucede lo que a los padres que tienen hijos pequeños: se hacen jóvenes y gozan de los beneficios de la juventud. Yo siento cada día más la soledad: mi cuerpo con mi espíritu se caen y no hallo ocasión de remozarlos" (Carta 90, del 28 de marzo de 1898).

A propósito de profesorado le escribía Teza las siguientes frases: "Corro a los exámenes a oír profanar a Demóstenes y a Sófocles. ¿Quiere saber una cosa? Las mejores escolares nuestras son las mujeres; y no digo los me-

jores escolares, en bien de la Gramática, porque en este caso sería una injusticia. El sexo príncipe deberá ser aquel que se llamaba el bello, y que esperamos se embrutezca como el nuestro, para que no aumente demasiado su poderío. Hago esta confesión por escrito, yo que soy (y seguiré siendo) el más grande enemigo de una cultura demasiado intensa de las mujeres" (*Cartas de su archivo*, V, 273). Cuervo no recoge la chispa del gracejo de Teza y se limita a responder con gravedad: "¡Qué lástima le tengo a Vd. al verle enfrascado en exámenes! Que salga Vd. de la brega de sus exámenes y pueda volar afuera a respirar aire libre" (Carta 67, del 1 de julio de 1895).

Y un mes más tarde, preguntándole Teza por su vida y milagros, le responde: "Como dice una copla, 'mi vida ya no es mi vida', y los milagros, he perdido toda la virtud de hacerlos" (Carta 91).

En 1899 la muerte visitaba a Teza, arrebatándole su esposa. Cuando le escribe Cuervo con ocasión del día de difuntos, su pluma se eleva a pensamientos altos:

En estos días en que todos vuelven los ojos a las tumbas de los suyos, al verme solo en el mundo no he dejado de pensar en Vd., cuya suerte es tan paralela a la mía [...]. No me he contentado con leer la *Morte d'Arturo*, sino que para mejor saborearla, la he cotejado con el original. Creo que no pudiera Vd. haber encontrado obra ajena más apropiada para consagrarla a la memoria de su amada compañera: ese dolor intenso y sereno apoyado en santa resignación y dulce esperanza, es, *aurea catena*, no sólo para los dos esposos por breves días separados, sino para cuantos saben lo que es amar: todos ellos se unirán a Vd. y le harán compañía (Carta 96).

Es curioso el anotar la particular melancolía que anega el espíritu de Cuervo en días señalados como los de Fin de Año o Navidad: "Verdaderamente que estos días en que todos parecen alegres — dice poco antes de la Navidad de 1899 — aumentan la tristeza de los que ya no pertenecemos al mundo, sino por el cuerpo. Por lo mismo necesitamos hacernos mayor fuerza para llevar la cruz y correr con aliento adonde nos llaman los que nos han precedido" (Carta 98). Y pocos días más tarde: "Quiero que estas cuatro letras le

lleven el 1º de enero de 1900 mi cariñoso recuerdo, en prenda de la compañía que quisiera hacer a Vd., en días que para nosotros son tanto más tristes, cuanto que para los otros son de más alegres ilusiones. Ruego a Dios dé a Vd. mayor serenidad en su desolación y salud y fuerzas para buscar en las letras el mejor remedio humano para la soledad" (Carta 99).

La debilidad extrema de cabeza imposibilita a veces totalmente su trabajo; lo derriban los achaques, aunque inerte ir "trampeando" (Carta 82). Su decaimiento crece; le hace mucho daño la niebla parisina (Carta 84). Su indisposición aumenta en 1898-1899 y lo obliga a permanecer inmobilizado (Cartas 91 y 95): "Me fastidian los libros y todo lo que exija atención: la conversación, todo me hace daño [...] tengo hoy la cabeza como un trapo" (Carta 103). Tan decaído y sin fuerzas se encuentra, que participa a su amigo en pleno mes de julio de 1900 que "aún no ha asomado las narices" a la Exposición de París (Carta 105). Aquel verano se agravaron sus dolencias y hubo de pasar largas horas acostado; acompañaba a Teza en espíritu pensando que los aires limpios calmarían y dulcificarían su alma, "dándole aquella pátina de resignación y esperanza, que es lo único que apetecemos los que hemos sabido amar" (Carta 104). Los últimos días del año, imposibilitado para todo trabajo serio, se dedicó a ordenar las cartas de su amigo (Carta 107).

Tras el descanso veraniego en Normandía en 1901, mejoró algo su salud: "he vuelto a la s a n t a manía de los libros; pero todo el entusiasmo no me alcanza para trabajar dos horas por día [...] todo esfuerzo de atención me deja exánime. Ya supondrá que toda mi vida no es muy fructuosa" (Carta 115).

Al año siguiente padeció de granos e inflamación nasal; tampoco anduvo bien su cabeza (Cartas 116-117). En 1903 descansó en Yport; pero leyó más de lo debido así como en sus primeros días otoñales de París. Su cabeza estuvo "dada a la trampa" y se sentía incapaz de escribir una carta. "No por eso — dice — me abandono a la tristeza, y espero sin afán mejores días; si no llegan, paciencia y barajar" (Carta

121). En 1905 padeció un catarro violento con “tos perruna”. “Mi salud tiene sus altibajos, pero en los altos no puedo prescindir de mi manía de hojear libros y sacar notas que no aprovecharé jamás” (Carta 123). Ese mismo año pasó algunas semanas de verano en los Pirineos, sin que mejorara notablemente su salud (Carta 124).

En 1907 era presa de la fatiga general: el hojear un libro era ya algún consuelo (Carta 127). Al año siguiente se queja del daño insufrible que le produce el mínimo esfuerzo (Carta 129). En 1910, pocos meses antes de su muerte, se anuncia ya la ruina total de su salud, aunque emerge de tan lastimoso estado su pasión científica: “Yo no estoy nada bueno. Temeroso de emprender largos viajes con el mal tiempo que hizo en el verano, renuncié al acostumbrado viaje a las montañas, e hice el disparate de irme a orillas del mar. Me sentó bien mal; se me agravaron mis achaques, y poco puedo trabajar. Sin embargo, no decae el amor de los libros, ni se desvanece la ilusión de poder sacarles algún jugo. Así se pasa la vida” (Carta 131, del 30 de diciembre de 1910).

* * *

Esta vida aquejada por continuos altibajos en su temple corporal se vio animada por la llama del más serio y entusiasta trabajo científico, como hemos podido comprobar en las páginas anteriores. Pero hubo otra llama secreta que alimentó constantemente este distinguido espíritu y nos refleja mejor que nada sus exquisitas condiciones humanas: fue el calor de la más pura amistad. Desborda mis intenciones el reconstruir la constelación de espíritus nobles que se movió en el firmamento de Rufino José Cuervo. Mas, limitándome siempre a su relación con Emilio Teza, sí puedo afirmar que el sabio italiano fue uno de los puntales de la dimensión amical del colombiano.

Sorprende la delicadeza y ternura de las frases con que remata sus cartas el amigo suyo “muy querido”. Cuervo se profesa “admirador apasionado”, “leal amigo y seguro servidor”, “afectísimo y agradecidísimo”, “viejo amigo”, “since-

ro amigo y admirador". Lo llama "inolvidable" e "incomparable" amigo. Otras veces rubrica sus cartas con frases como éstas: "soy suyo muy de veras", "suyo y muy suyo siempre", "quedo suyo de corazón", "verdadero invariable amigo", "su sincero, invariable, agradecidísimo amigo", "fac ut ames me". Los amores de Cuervo son los amigos y los libros (Carta 61).

Y en alguna ocasión llega a decir: "¿Qué es la vida sin afectos, sin amigos?" (Carta 69). No hay para él satisfacción mayor que "descubrir cada día en mis amigos nuevos méritos para respetarlos y quererlos más" (Carta 1) y el verlos es "placer indecible" (Carta 40). Sus delicadezas y felicitaciones de año quieren probar "que en un cuerpo achacoso puede encerrarse un corazón sano y agradecido" (Carta 40).

La amistad la entiende en buena parte como servicialidad mutua: ese sentido encierran las consultas mutuas, los servicios de biblioteca para identificación de datos, hasta las recetas y consejos médicos. "Vea en qué puedo serle útil a Vd., este su afectísimo amigo y apasionado" (Carta 10). Y en otra carta dice: "estamos conformes en que es para mí un gran placer mostrar a Vd. cuánto deseo servirle, y en que Vd. hace lo mismo, sin entrar en cuentas y recuentas. Eso es amistad; lo demás son historias" (Carta 84).

Pero esta amistad era profundamente espiritual, ya que su encuentro en la vida fue rarísimo y efímero: una comunión de ideales y afanes y una profunda afinidad natural fue el aglutinante que unió sus dos espíritus. Casi resulta una confesión personal el comentario de Cuervo a una traducción de Teza:

¿Qué le diré del Bartrihari? ¡Cómo gusta leer estas obras de moral práctica! Son como espejos que nos muestran todo lo que nos falta para ser buenos en realidad de verdad. Muy verdadero es lo que Vd. nota sobre la distancia que hay entre la doctrina y la práctica de la moral; pero Vd. como yo, habrá hallado tantas almas buenas cuyo trato nos consuela, nos conforta: sus palabras, sus acciones son como efluvios de un mundo mejor; y a todo esto tan calladas, tan esquivas a los rumores de la fama, a los atractivos de la riqueza o el orgullo, que pocos, muy pocos las conocen. Para consuelo mío hallo que hay una estancia que siempre he practicado:

*Cercar di star in compagnia degli ottimi,
gran rispetto a maestri: aver piacere
d'ogni merito altrui...* (Carta 82).

En realidad, las almas buenas cuya compañía buscaba Cuervo, no eran sino el reflejo y como el complemento de su propio modo de ser: su ideal nos revela en buena parte la naturaleza de la mejor parte de su personalidad.

A medida que pasan los años, los achaques y mil imponderables van reduciendo la correspondencia entre los dos amigos; pero sus cartas menos frecuentes se revisten de más honda ternura:

Tres días llevo de encierro... — dice en 1899 — Vd. me ha hecho obra de bonísimo amigo, acompañándome, y espero que sus afectuosos deseos corregirán el *sinistrum omen*. Todas las cosas delicadas y graciosas que, después de tanto silencio, me dice Vd. me consuelan, y me provocan a corresponder con otras tales; pero ¿qué quiere Vd. que salga de un cuasiviejo catarroso, que se encoge y acoquina al menor vientecillo? Afortunadamente el corazón está fresco, y de él salen los fervientes votos que envío a Vd. y a la señora para la felicidad en 1899 (Carta 93).

El paso del siglo y los albores del inmediato siglo xx son un pretexto para manifestar los nobles sentimientos:

Quiero que estas cuatro letras empleen las últimas horas del siglo xix y las primeras del xx para llegar a Padua y decir a mi querido amigo el señor Teza todos los gratísimos recuerdos que su afecto me deja, todas las dulces esperanzas y los cariñosos votos que el mío abriga porque la nueva era traiga salud y tranquilidad de ánimo. Quiera el cielo que sus buenos compañeros los libros dulcifiquen la soledad y que su recreo sea para los amigos fuente de saber y deleite (Carta 109).

Imposibilitado para todo trabajo serio, Cuervo se entretiene poniendo en orden las cartas de Teza y al verlas todas juntas experimenta gusto singular, por estimarlas “testimonio de largos años de buena amistad, fuente de tantas satisfacciones y de tanta enseñanza”, “corriente de dulces comunicaciones” (Carta 107). En 1903 lamenta el frustrado encuentro en Suiza, muestra su miedo a viajar por quedar “desencua-

dernado (para hablar en la lengua del oficio)". Pero el mar le recuerda a su amigo y a través de las ondas — dice con gracejo Cuervo — "le grandi e amabili congiuntrici: bravo!", se envían sus saludos y "sin Marconi, se darán la mano our thoughts boundless, our souls as free (sin que tengamos nada de corsarios)" (Carta 119).

* * *

Los últimos años escasean las cartas, que en realidad se reducen con frecuencia a breves billetes de felicitación de Año Nuevo: pero en ellos va como remansado todo el sentimiento depurado por los años de amistad, por la separación física y por la vejez. Son pequeños poemas saturados de humanidad.

¡Con que otra vez Año Nuevo! — dice el 29 de diciembre de 1903 — Si el tiempo sigue corriendo tan aprisa, no tardará en alcanzarnos y atropellarnos; pero mientras eso sucede, cumpla el corazón su deber y empléense las fuerzas lo mejor que sea posible [...]. Sé que aunque no nos escribamos a menudo, somos buenos amigos; y, ¿no es cierto que es gran felicidad saber que uno tiene un rinconcito en un buen corazón?. 'Un ángulo me basta entre mis lares, un libro y un amigo'. Como los libros a veces me son nocivos, pido a todo trance el amigo. No olvide Vd. que lo soy de Vd. con todo corazón, ahora y siempre (Carta 121).

"Los años van limando las fuerzas del cuerpo — escribe el 29 de diciembre de 1904 —, pero no apagan el fuego del corazón, que palpita siempre a la idea de la verdad, la belleza, la amistad" (Carta 122). Y el día 1º de enero de 1906 escribe: "Bien sé que ese *taedium vitae* no le impide a Vd. amar lo bueno y lo bello más y más cada día, trabajar por la verdad y enseñarla a los demás. Esa chispa que arde más cuanto más merman nuestras fuerzas, hará siempre fecunda su vida y no dejará apagar los afectos que hacen grata o pasadera la vida" (Carta 123).

En 1907 recuerda con melancolía: "Otro año se nos viene encima, y, al acabar éste, acuden en vuelo acariciador los recuerdos de los buenos amigos, y el agradecimiento y

los afectuosos deseos. Ya pensará Vd. que en esta visión del pasado, aparece Vd. con todas sus finezas, y aviva el anhelo de saber que la vida le sonrío para llenarla con amor del bien y el culto a la verdad" (Carta 127). Y, por fin, el último día de 1908, dice: "Los achaques y el daño que me hace cualquier esfuerzo de atención, aun el más pequeño, son causa de que este cariñoso recuerdo llegue a Padua más tarde que en años pasados, más tarde, pero no por eso frío o desamorado [...]. Este año no nos hemos escrito más cartas que las de entrada en él o de salida: esto no quiere decir olvido: *Ego dormio, sed cor meum vigilat. Fac ut me ames*" (Carta 129).

En una de sus últimas cartas nos descubre el refugio a que acude su espíritu en sus horas de lento declive: Horacio, los trágicos griegos... Es un vigoroso aguafuerte de decrepitud corporal, madurez intelectual y lozanía espiritual: "Cosa de dos años ha, que conté a un amigo, que había estado releendo a Horacio: 'Señal de vejez' me dijo él, y casi se lo he creído. Ahora en los ratos que puedo acudo a los trágicos griegos: no sé si el amigo me diría que eso es señal de decrepitud. Los achaques son una cosa y otra perder el gusto por lo bello inmortal: éste, Dios mediante, no lo perderé. ¡Cuánto envidio a Vd. por quien no pasan los años! ¡Joven siempre para la poesía, joven para la erudición! ¡Consérvelo Dios así!" (Carta 130).

Es el canto de cisne de Cuervo. Interrumpía su vuelo por la tierra para emprender otro más ancho e inmergirse en la Verdad y en la Belleza sin mezclas. Su fino corazón dejaba de latir el 17 de julio de 1911. Un año más tarde la muerte arrastraba a Emilio Teza.

* * *

Así fue don Rufino José Cuervo. Las noticias frías y esquemáticas que sobre su persona y vida leemos en las grandes enciclopedias, disecan su rica personalidad y escamotean los amables rasgos de su intimidad humana. Junto al sabio digno de toda admiración hemos descubierto al hombre de exquisitas cualidades; junto al investigador apasionado e in-

fatigable, el amigo afectuoso y el espíritu noble y delicado. Con ello nos parece haber rescatado del olvido la parte más valiosa de su persona.

Como no podía menos de ocurrir, los trazos seguros y certeros que nos revelan las cartas son los que ya pusieron de relieve quienes conocieron muy de cerca a Cuervo. Nieto Caballero lo retrata en dos pinceladas: "El tenía del sabio y tenía del anacoreta. Y era el hombre más sencillo, más modesto, más afable y al propio tiempo más tímido que pudiera imaginarse" (*Cartas de su archivo*, IV, págs. 1-11).

Alfonso Delgado, por su parte, destaca juntamente con su claro entendimiento y retentiva prodigiosa, su aplicación incansable. Pero concede la primacía a la bondad y modestia de su espíritu y al altísimo valor religioso de su personalidad:

Si intelectualmente considerado, aparece nuestro compatriota como persona eminente, destáquese más todavía cuando se examina el aspecto moral y religioso. Es católico de profundas convicciones y fe viva y caballero de costumbres severísimas (caso que sorprende tanto más que se trata de quien ha permanecido célibe). Adórname notable modestia, signo característico de verdadero mérito; no le punza el ajeno bien; hállase presto a dispensar sinceros elogios donde quiera que los cree merecidos, y su pluma y su labio jamás ocasionaron detrimento (*ibid.*, I, págs. VII-XII).

En ese mismo prólogo afirma Delgado que Cuervo conocía los siguientes idiomas: sánscrito, griego, latín, árabe, hebreo, gótico, italiano, francés, catalán, portugués, provenzal, inglés, alemán, válaco, español de Levante, sardo, vasco, además de algunas lenguas americanas, como el chibcha, quichua, etc.

¡La sangre manda! Al leer los elogios singularísimos que se tributan a Cuervo, espontáneamente evocamos el perfecto retrato humano y moral que él hiciera de su propio padre en el que su paleta mezcla la afectuosidad y delicadeza con la elegancia, la cultura y la recia religiosidad (Angel y Rufino José Cuervo, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, III, 1946, págs. 163-181).

Y Tomás Rueda Vargas, de quien nos dice Nieto que al examinar las cartas de Cuervo se detenía a saborear sus exposiciones, seguir sus preocupaciones, sonreírse de sus ingenuidades, califica su carteo de “puro y alado, hecho de cariño y de curiosidad por la lengua, por la poesía, por los sentimientos primordiales del hombre”. Por eso creó lazos afectivos indestructibles: “amistad con olor de alhucema [...] sin repliegues, quisquillosa en nonadas y honda y clara y cordial, hecha para vivir y para morir a la sombra de Cristo” (*ibid.*, IV, pág. v).

Pero aún tengo la fortuna de añadir a estos testimonios literarios, el calor de la glosa viva sobre Rufino José Cuervo, procedente de quien lo conoció: don Ramón Menéndez Pidal. Revelé al patriarca nonagenario de nuestras letras el juicio profético que sobre él diera en 1907 en una de sus cartas el filólogo colombiano. En compensación he podido rescatar de ese archivo viviente que es don Ramón recuerdos palpitantes, que si para nosotros son ya pura historia, recibidos de sus labios y con el acento de quien evoca escenas pasadas, todavía son páginas calientes de nuestros días. Don Ramón, que conoció a Cuervo hace unos sesenta años y le ha dedicado páginas de admiración³, rubricó con su juicio personal las impresiones recogidas en estas páginas. Conoció la sensibilidad exquisita de Cuervo y aún tiene presentes las palabras amables que en sus cartas dedicaba a su hija Jimena, siendo muy niña, preguntando: “¿Cómo va la princesita?”. Pudo palpar la modestia del americano y hasta me hablaba de su sentido de inferioridad en Francia por verse desprovisto de títulos universitarios. Me habló de su ponderación y justeza de juicio, afirmando expresamente: “Era tan ecuaníme y tan recto que todo lo sentía mucho; veía y defendía la justicia dondequiera que la viese”. Y refiriéndose a su sentido cristiano, me dijo: “Fíjese hasta qué punto era cristiano que quiso vestirse de *chaquet* para recibir el Viático. Parece algo ingenuo, pero demuestra su profundo espíritu. Se sentía tan

³ Así por ejemplo en *Castilla, la tradición, el idioma*, 3ª ed., Madrid, 1955, págs. 171 y sigs.

penetrado de su fe, que aún en la intimidad quiso dar este testimonio y rendir este tributo de homenaje”.

* * *

Existe un delicado detalle al fin de esta correspondencia con el que quiero cerrar estas palabras: Es el recordatorio de defunción de Rufino José Cuervo. En su parte superior, junto a su fotografía aparece una frase evangélica, que puede sintetizar la estampa espiritual del colombiano: VERITAS LIBERABIT vos (*Jo.* 8, 32). El habló en sus cartas del culto y del amor a la verdad, a lo bueno y a lo bello. Pero más que hablar, lo vivió con la realidad sencilla de su vida. Y ésta fue su suprema lección, porque la verdad, la bondad y la belleza son las supremas categorías del Ser. Lección difícil, porque buscó la verdad en los afanes siempre penosos de la filología, en la lima constante de sus escritos, en la acogida humilde prestada a los esfuerzos de los demás, en la superación de los continuos achaques de su quebrantada salud. Sobre todo esto reinaba su pasión por la verdad. Así nos pudo legar, como valor máximo de su vida, sus obras; y en ellas, su espíritu recto y sencillo, bueno y afable, digno del más alto precio, y digno también de imitación por su calidad y nobleza.

J. IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS.